

El neoliberalismo: ¿una nueva religión?

HORST KURNITZKY

La democracia en sí misma jamás ha sido un valor central del neoliberalismo.
Friedrich Hayek

Liberada al fin de la pesada confrontación este-oeste y, con ello, de la falsa alternativa de la planificación económica socialista, hoy en día la denominada economía de libre mercado se está zafando, también en el mundo occidental, de las últimas ataduras impuestas en los pasados cien años por los movimientos obreros y las ideas de economistas como John Maynard Keynes. Desde su nuevo centro, Chicago, comenzó su victoriosa marcha por el mundo bajo la bandera del neoliberalismo. Su llamamiento a "dejar el mercado al libre juego de las fuerzas de la competencia" ha constituido un concepto de bienestar que reconoce en estas fuerzas, elevadas al rango de fuentes de riqueza, la única regulación que garantiza no solamente el bienestar social sino también, en última instancia, el bienestar individual.

No es algo nuevo decir que el concepto básico de la ideología neoliberal descansa, sobre todo, en la idea de que la libertad del hombre es debida a la protección de la propiedad y al ilimitado aprovechamiento e intercambio de los bienes producidos. En los Bill of Rights de Estados Unidos de América y en la Declaración de los Derechos del Hombre de la Revolución francesa ya estaban establecidos estos derechos fundamentales que hasta hoy pertenecen a las irrenunciables garantías fundamentales que otorga el Estado de derecho. Esta es la protección asegurada por tribunales independientes a la libertad, igualdad y propiedad. Cuando el 8 de junio de 1794 el ciudadano Robespierre, armado con un ramo de flores en una mano y una antorcha en la otra, proclamó en París la religión de la Humanidad, ya era común entre la opinión pública creer que la naturaleza divina, a la cual en última instancia le debemos todo, también encierra los poderes que prometen al hombre la felicidad y el bienestar. El reino de estos poderes sin límites automáticamente lo garantiza. La meta señalada por los economistas liberales es abolir cualquier limitación artificial del comercio y de la industria con el fin de que los hombres sean libres para perseguir sus intereses individuales.

El poder de interpretación, y por ello en parte también el poder político que hasta entonces correspondía a los representantes de Dios en la Tierra, se trasladó en la Ilustración a los mediadores entre la naturaleza y la sociedad. Con la misma autoridad con la que los líderes eclesiásticos proclamaron la voluntad de Dios y supieron imponer sus intereses, los revolucionarios liberales podían citar el Libro de la Naturaleza, interpretar las leyes naturales y, cuando les era posible, aprovecharlas a su favor. También se podría decir que los liberales sustituyeron a la Biblia por el Libro de la Naturaleza. Cuando antes el benevolente o encolerizado Dios dirigía tanto la economía como la sociedad, era entonces la mano invisible la fuerza dinámica e impulsora que, desde atrás, arreglaba la reciprocidad de acción entre oferta y demanda.

La nueva religión de la humanidad, que reconoce al hombre como único ser supremo, ha liberado sus necesidades psíquicas y sus cualidades de carácter de la tutela social, ignorando sus condiciones de desarrollo tanto históricas como sociales y, en consecuencia, las ha elevado al rango de formas naturales de expresión y existencia que no deben ser restringidas.

Esta condición del hombre está libre de cualquier responsabilidad social. Perseguir sin límites sus intereses personales también quiere decir perseguir a la naturaleza inconscientemente; ahí donde domina la ley de la selva, donde el instinto lo es todo, la reflexión y las responsabilidades sociales están canceladas. De este modo, la sociedad se convierte en una sociedad de sacrificio total, es decir, el sacrificio pierde su elemento racionalizante y la masacre social lo sustituye.

Sustituir al todopoderoso y también injusto Dios creador por una no menos todopoderosa pero inhumana naturaleza significa dejar a la sociedad en manos de un —en muchos sentidos— desconocido sujeto que, como Dios, está reconocido como creador de la sociedad humana pero no es responsable de los hombres ni de la sociedad. La naturaleza como sujeto no establece ninguna relación humana con la sociedad. El amor y el odio sobre los que esta última se constituye son objetos de investigación de las ciencias sociales, aunque para la naturaleza inconsciente, estas emociones no sean elementos de una formación reactiva. La naturaleza no piensa ni siente. No es un ente social.

Además, las leyes de la naturaleza, que para el liberalismo también incluyen a la economía y la sociedad, están formuladas por un interés dirigido hacia la sumisión y la explotación. Su carácter provisional —las ciencias siempre entienden las leyes de la naturaleza como hipótesis— amplía el conocimiento de la naturaleza, esto es, la imagen que nosotros nos hacemos de ella e indica, sobre todo, el progreso de las técnicas de explotación de la naturaleza misma. Francis Bacon, quien como accionista de la East Indian Company debía saber esto, en su Nueva Atlantis deja que un representante de la Casa Salomon —una sociedad secreta o consorcio— explique las metas de la empresa: la Casa Salomon tiene la tarea de arrancarle a la naturaleza sus leyes para ponerlas a disposición del bienestar de los ciudadanos de Nueva Atlantis. Con otras palabras, leer el Libro de la Naturaleza quiere decir ganar poder sobre ella. Quien conoce su nombre aprende sus leyes, es decir, tiene poderes sobre la naturaleza, como nos lo enseña el cuento de los hermanos Grimm del enanito Rumpelstilzchen. Para los revolucionarios liberales del nuevo orden económico la naturaleza era un dios y un demonio al mismo tiempo; como una arcaica figura de culto que tenían que poner a su servicio.

Pero hay algo que añadir: la meta de la aspiración humana era bajada del cielo a la tierra. Puesto que el paraíso prometido por la religión todavía tenía que ser comprado por medio de sacrificios, éste ya no fue colocado en el más allá, sino en la vida terrenal, como un fuego fatuo brillando en el horizonte del progreso social. Sólo la acumulación de la riqueza social e individual, es decir, la ambición de fortuna —en la vida económica la persecución imperturbable de los intereses personales— automáticamente conduce a la tierra prometida. Así lo planteó en todos los casos la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América. Desde entonces, la ambición de fortuna no fue un derecho humano sino un deber. En el país de las grandes oportunidades, juventud, fortuna y éxito económico son, hasta hoy, los requisitos del prestigio social.

Finalmente, la idea del progreso condujo —y para entonces ya estamos en el siglo XIX— a ese concepto de evolución que formuló Charles Darwin como la ley de la supervivencia de los más aptos (survival of the fittest).

Como lucha por la existencia, este principio de la evolución de las especies se convirtió en un lema empleado para la descripción de procesos liberales económicos y sociales. Con todo esto, muchas veces no se entiende que la lucha por la existencia en la naturaleza no tiene lugar entre el gato y el ratón, sino entre el ratón que se traga el gato y el ratón que escapa, una oportunidad de sobrevivir que en la lucha económica no existe para los débiles.¹ Tampoco resulta claro que las leyes de la naturaleza, formuladas por Darwin, sean de hecho una proyección de las leyes del liberalismo económico de su tiempo a la naturaleza. Lo que se busca se encuentra. De todos modos, la experiencia de que cualquier progreso es el resultado de una Lucha ha influido profundamente en el pensamiento y las acciones de la sociedad. Hasta hoy, no existe ninguna doctrina económica influyente que de alguna manera no tenga sus bases en el postulado de la libre competencia como fundamento del progreso, el crecimiento y bienestar sociales. Y la única ley que admite el neoliberalismo es la de Darwin, pero formulada con un poco más de elegancia: el lugar del survival of the fittest ha sido retomado por el *laissez faire*.²

Una parte de las drásticas transformaciones de nuestro tiempo ha sido la liberalización económica y social de aquellas sociedades que por decenios estuvieron sometidas a la absoluta tutela de un partido único y de una economía de planificación burocrática: los Estados de la antigua Unión Soviética y también una serie de Estados del llamado Tercer Mundo que se orientaron al modelo soviético o que se desarrollaron en una sociedad caracterizada por caudillos nacionales y una dictadura de partido. Todos estos países, en conjunto, siguen un supuesto político económico neoliberal establecido por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional que les permite obtener créditos. Esta condición se atribuye a la influencia que ha tenido la escuela de Chicago en el grupo de las siete potencias industriales dirigentes. Como en la época del liberalismo, Gran Bretaña ha jugado aquí, otra vez, un papel protagónico. Bajo el nombre de tatcherismo, el neoliberalismo entró como un costoso experimento a la historia económica de Inglaterra, destruyendo las posibilidades de vida de amplios estratos sociales. A través de sus principales instrumentos (el comercio mundial, los acuerdos sobre aranceles y las comunidades económicas) este modelo se convirtió en la doctrina general de la política económica contemporánea.

Cuando en 1962 Milton Friedman con su libro *Capitalism and Freedom* en cierto modo fundó la escuela del neoliberalismo en Chicago, el público casi no tomó nota de su intento por revitalizar el liberalismo económico radical. Un hecho que también Friedrich Hayek³ y algunos de sus colegas de la London School of Economics padecieron cuando combatieron al Estado benefactor inmediatamente después de la segunda guerra mundial. Las dos grandes guerras en donde tuvo lugar la lucha por la existencia a nivel económico, y en consecuencia también a nivel nacional, no se habían olvidado; así como la idea del socialismo, pese al terror y a la represión en los Estados socialistas, no estaba tan arruinada como para que un contramovimiento pudiera ganar terreno. Al contrario, los movimientos para la liberación nacional en el Tercer Mundo y la crítica a la guerra de Vietnam

emprendida por los Estados Unidos, junto con los movimientos políticos de protesta, hicieron que las ideas socialistas y sus modelos fueran todavía atractivos.

Finalmente, la crisis económica y la descomposición del mundo socialista –que se avizoró a fines de los setenta– en conexión con la crisis económica y del Estado benefactor ocurrida en Occidente, provocaron un cambio en la política económica mundial. Al hacerse evidente que el Estado benefactor no podía financiarse más por los caminos acostumbrados y cuando la alternativa socialista cayó en el descrédito total, la recurrencia a viejas doctrinas de salvación fue notable. La crisis y el miedo a las catástrofes, que siempre han favorecido la creación de atmósferas religiosas, evidentemente han dejado en el olvido que todos los movimientos sociales, desde la mitad del siglo pasado, surgieron de la protesta contra el crecimiento salvaje del liberalismo económico y que la crítica a la inhumanidad de este salvajismo, si bien fue insuficiente, no era injusta. Quizá el fracaso del llamado experimento socialista ha impedido entender que la economía mundial, por lo menos en lo que se refiere a las metas humanas del liberalismo, también ha fracasado miserablemente. ¿Qué es la libertad política sin libertad económica, sin que la mayor parte de la población lleve una vida humana con libertad de información y formación?

Si la economía quiere hacer alguna declaración relevante acerca de la sociedad debe entenderse a sí misma como una ciencia social. Bajo estas condiciones, tendríamos entonces que leer la historia de los movimientos políticos y sociales como la historia del fracaso del liberalismo económico radical. Precisamente, las sociedades socialistas y fascistas de este siglo no estuvieron al margen del proceso económico, sino que siempre formaron parte de la economía mundial. Ambas se entendieron como respuestas al liberalismo, ambas radicalizaron parte del liberalismo: en la sociedad nazi, la idea del progreso retornó en eugenesia, en criaderos de raza pura, en el salvajismo del mundo de las especies, cuando la misma idea para la sociedad socialista se reducía, como en las sociedades arcaicas tribales, a un simple plan de distribución. Ambas sociedades retradujeron la máxima de la competencia en un concepto de lucha: lucha de razas o lucha de clases. En lugar de retomar la razón del Siglo de las Luces para criticar al liberalismo con el fin de transformar la sociedad en una sociedad humanizada y justa para los individuos, las respuestas al liberalismo siempre se refirieron a quimeras sobre el mito del origen: aquí la horda del origen germánico, allá el paraíso de la sociedad tribal del comunismo primitivo.

La primera guerra mundial aumentó la conciencia del fracaso de los Estados nacionales y del liberalismo económico entre un vasto público. Como reacción, provocó movimientos de salvación cuyas ideologías basadas en mitos del origen borrarían radicalmente, en este siglo, los restos de las actitudes y del pensamiento humanistas. Con la reducción de la Ilustración a la racionalidad de la acumulación capitalista o socialista fue posible, a través de una crítica igualmente simplificada, quitarle a la Ilustración su fundamento en el humanismo universal. Lo que ha quedado ha sido el caos de sociedades en descomposición en las cuales se han podido extender los organismos sobrevivientes del salvajismo económico: formaciones mafiosas que con terror y violencia han arrebatado la riqueza de las naciones.

Parece una burla de la historia que precisamente fuera Chicago –donde en los años veinte la mafia de Al Capone se apropió de la ciudad, la policía, los tribunales y todas las instituciones sociales y adonde el gobierno de Washington pensó enviar al Ejército–el lugar en donde se desarrolló una doctrina de salvación que tradujo la praxis de la mafia en una teoría económica pseudocientífica y que, además, se vendiera al mundo con éxito como neoliberalismo. Por supuesto, hoy en día, aunque los orfanatorios y dispensarios de Al Capone se llamen pacto de solidaridad, estos sirven para un mismo fin: a la carnicera lucha económica por la sobrevivencia le dan un toque de carácter social con el objeto de influir, como un calmante, sobre la población asustada y apelar a una conciencia humana que desapareció desde hace mucho tiempo de la realidad social.

La catastrófica situación económica y social en que, gracias a una economía monopolizada por el Estado o monopolista liberal, se encuentran ahora la mayor parte de los hombres, ha desencadenado una angustia y letargia generales; pero no permite entender que toda una época de la economía mundial ha fracasado y que todos los imperativos sociales de la humanidad y de la moral que organizaban la cohesión social se encuentran hoy en descomposición. Todos los temas o religiones de moda, desde el postmodernismo hasta el supuesto "fin de la Historia" o la entrada a una nueva época de libertad absoluta, con los que se intenta explicar la situación actual de la sociedad, son solamente la expresión de una específica condición social; son los síntomas de la crisis general en la que se encuentran tanto la economía como la sociedad.

El hecho de que una parte importante de la economía se encuentre desde hace mucho tiempo en manos de bandas internacionales no es un secreto. Los cárteles de drogas, los cárteles de armas, las bandas de los mercados informales del Este y el Oeste que ponen casi todo a la venta –desde el vulgar contrabando hasta el plutonio–, todos lavan su dinero ilegalmente ganado en el archipiélago de los restos de la economía formal que, casi completamente controlada por monopolios, ha abandonado todas las relaciones y compromisos sociales. El gobierno de los cárteles, conectado con grandes capitales no controlados, en muchos países ha convertido la economía en una economía de bandas y ha contribuido a una enorme barbarización de la sociedad. Este es un fenómeno que el secretario general de las Naciones Unidas, Boutros Gahli, ha señalado como el mayor peligro para la paz en el mundo, porque los cárteles, pueden transferir, en tiempos más cortos, sus enormes capitales especulativos si surge cualquier destello de crisis y con ello atizar conflictos armados de grandes dimensiones. En las sociedades en descomposición a esta selva corresponde una disposición y necesidad de violencia que se descarga en conflictos de religión, de regiones o de naciones, o como violencia cotidiana en las pandillas de kids en los patios de las escuelas y en los barrios miserables que llaman la atención de los mass media. También se puede decir: los marginados de la economía ejecutan el neoliberalismo a su manera, emulando los métodos y valores de los grupos dominantes.

Con el abandono de la Ilustración y la reflexión, el liberalismo económico radical dejó todos los fines humanos de la sociedad para convertirse en un apologeta de la brutal lucha de la competencia social. La batalla por la sobrevivencia en su forma más desnuda, como lo ha vivido y elogiado Ernst Jünger con respecto a las trincheras de la primera guerra mundial, se ha extendido hasta los últimos rincones del mundo. En relación con esto, el proceso de destrucción social no ha generado una reflexión sobre la economía, la sociedad

y la historia, acerca de las perspectivas y metas de vida, sino solamente ha preparado el terreno para la emergencia de nuevos movimientos salvacionistas.

El miedo a la catástrofe y la fascinación con ella favorecen el surgimiento de movimientos fundamentalistas de salvación que, como en la época medieval, protestan contra la miseria y prometen la salida de la crisis universal. Esto conecta el frente de salvación del Islam con el nuevo fundamentalismo del Vaticano y con las numerosas sectas y movimientos de salvación guiados por gurúes. En este contexto, el neoliberalismo aparece como una variante adicional en la asociación de las nuevas doctrinas de salvación, todas ellas en consenso fundamentalmente contra el iluminismo. El regreso a mitos eternos y la tendencia a la mistificación del mundo parecen ser características de las doctrinas de salvación posmodernas. En lugar de ilustrar acerca de los fines sociales y de reflexionar en torno a sus perspectivas, se espera que potencias oscuras y místicas salven al mundo: las desconocidas fuerzas del mercado regulándose por sí mismas

1 Este es el efecto imperial del mercado neoliberal que no deja espacio alguno a otras formas económicas, a otras formas de vida, fuera de este mercado. El mercado neoliberal es el "mercado total", así subrayen incansablemente sus propagandistas su fin totalitarista.

2 Esto es la ideología. En realidad, el neoliberalismo aprovecha más la ayuda del Estado — a través de políticas fiscales, subvenciones, etcétera—que ninguna otra forma económica anterior.

3 Combatiendo al nazismo así como al estado de bienestar, Hayek escribió, en 1944, Camino a la servidumbre. El argumento era que "la social-democracia moderna inglesa conduce al mismo desastre que el nazismo alemán". En 1947 un grupo de simpatizantes del neoliberalismo se reunió en Mont Pélerin, Suiza, y fundó un sociedad de amigos fraternos que, como las órdenes de caballería o, como dice Perry Anderson, la francmasonería, perseguía el fin de combatir al comunismo. Entre ellos estaban: Milton Friedman, Karl Popper, Ludwig von Mises, Walter Lippman y Salvador de Madariaga. Este grupo existe hasta hoy y se reúne cada dos años para discutir las estrategias para implantar el neoliberalismo en todo el mundo. Se trata de un grupo de conspiradores que se amplía cada año con nuevos miembros como el economista neoliberal Gary Becker y escritores propagandistas del neoliberalismo como Vargas Llosa.

Catedrático de la Universidad Libre de Berlín, es actualmente profesor visitante de la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM. Es autor de los libros: La estructura libidinal y Edipo, un héroe del mundo occidental, publicados por Siglo XXI Editores.

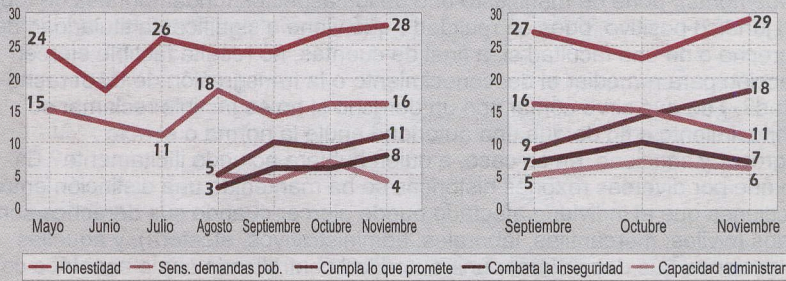
Opinión Pública

Elecciones en el Distrito Federal I

Opinión Pública

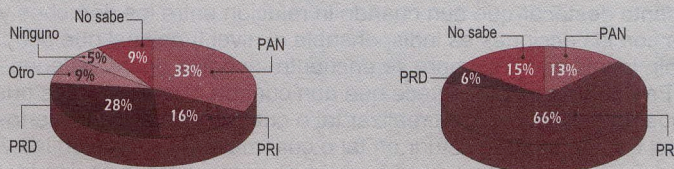
Elecciones en el Distrito Federal I

CARACTERÍSTICAS DESEABLES DEL JEFE DE GOBIERNO DEL D.F.

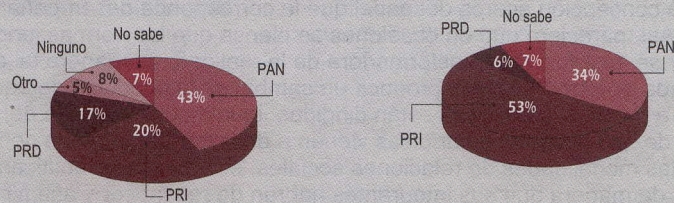


INTENCIÓN DE VOTO Y EXPECTATIVA DE RESULTADO
(% DE LOS QUE SABEN QUE HABRÁ ELECCIONES EN 1997)

Jefes de hogar

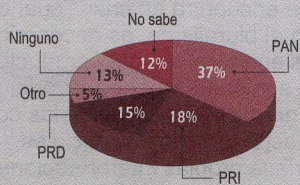


Ciudadanos

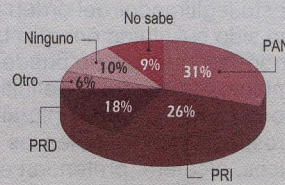


INTENCIÓN DE VOTO
(POR SEXO)

Hombres



Mujeres



Vitrina metodológica

Levantamiento: 30 y 31 de noviembre de 1996; **tipo de entrevista:** 600 entrevistas en domicilio ("ciudadanos" de 18 años o más) y 400 en la vía pública ("jefes de hogar"). **Nota:** Por la naturaleza de la muestra no es posible registrar el margen de error y la confianza estadística. Uno de cada dos jefes de hogar entrevistados en octubre está enterado que en 1997 habrá elecciones para elegir al Jefe de Gobierno del Distrito Federal. En contraste, sólo uno de cada cinco ciudadanos lo está. En la encuesta no se incluyen jefes de hogar de sexo femenino, que se estima sean del orden de 17% de los hogares del D.F.



